

**Alabanza al Santo Daime
Carta a un ayahuasquero colombiano**

Jimmy Weiskopf ()*

Febrero de 2005

Señor:
Daniel Riveros
Suiza

Estimado Daniel,

No sé por dónde comenzar a relatar mi viaje al Brasil, una de esas experiencias que suceden pocas veces en la vida: basta decir que fue inolvidable. Pero ya estoy de vuelta a mi cotidianidad, con todas las presiones económicas, laborales, familiares, etc.

Estoy calmado, pero sin alegría – la sentí mucho en Brasil, sobre todo con el Santo Daime y a veces sin ningún estimulante externo, como cuando pisé la playa de Ipanema por primera vez. No es que tenga nada de especial, es como una Bocagrande – Zona Rosa enorme, pero desde mi juventud he escuchado esa famosa canción, sin imaginar jamás que algún día la visitaría. Fue cómo hacer una peregrinación. Esto sin hablar de la aventura de lanzarme a la calle, al terminal de buses, al aeropuerto, al restaurante, sin saber nada de portugués: me sentí como en mis primeros días en Colombia, un cuarto de siglo atrás, rejuvenecido por la emoción de enfrentar una nueva cultura, un nuevo idioma, una nueva geografía.

La revelación fue el Santo Daime. Usted sabe que hace tres años Consuelo y yo participamos en tres rituales en Manaus. Fui muy rebelde esa vez, lleno de la arrogancia del buen yajecero colombiano, de los que creen que sólo los taitas saben. Pero algo de su magia se me quedó y luego, escribiendo y rumiando sobre la experiencia, me di cuenta de que si quería entender el asunto, tendría que entregarme al ritual. Entonces, esta vez, desde meses antes venía haciendo un trabajo de concientización para poder aceptar sus normas y mantener la mente abierta. Y efectivamente funcionó.

Las primeras cinco tomas del viaje fueron en otro contexto, en Florianópolis con un grupo de investigadores extranjeros y un facilitador cuya actitud no

correspondía con lo que considero el debido respeto por la naturaleza sagrada del ritual. Ahí, por ejemplo, para “ambientar” el ritual, la grabadora permanecía prendida toda la noche, con música que iba desde ícaros del Perú hasta *trance* violento. Además de utilizar cantos inapropiados, no dejar espacio para el silencio, causar una ruptura de concentración casi enloquecedora y ceder demasiado a lo tecnológico (el sonido que sale de un aparato incomoda la sensibilidad del que bebe ayahuasca), ignoraba que la música debe surgir del mismo contexto del ritual, mediante una comunión directa con los espíritus, y no tomada de otros lugares u otras culturas. Esto, sin hablar de la luz de la pantalla del computador que mediante el cual el dirigente manejaba el repertorio de los CDs, que tiene una radiación mortífera para el tomador y la manera de brindar la bebida sin ningún ordenamiento de las personas, como si estuvieran en una cantina.

Al llegar un momento, cuando la violencia de la música me trajo visiones terroríficas, salí del recinto para estar solo en mi cuarto y la perspectiva cambió completamente. El ayahuasca en sí, preparado por otra persona, era excelente: estando ahí, entraba en sintonía con el mar y la naturaleza a mi alrededor. Me pareció el colmo de lo absurdo escuchar, como lo hacían los demás (quienes tenían poca experiencia de ayahuasca) una grabación del canto de las aves de Amazonas en lugar de concentrarse, por ejemplo, en el sonido de las cercanas olas, algo presente y real. Era un falso exoticismo.

Reconozco que el facilitador tenía buenas intenciones y que los otros quedaron agradecidos por lo que aprendieron del ayahuasca, Y claro, mientras no haya abusos, la planta sigue siendo poderosa en cualquier contexto, pero me chocó el no ayudarles a ir más allá.

Sin embargo, la estadía terminó siendo valiosa para mí. Pude entender, de manera contrastante, el valor del Daime, apreciar su cuidado con el ritual, su nitidez, su ética. Cuando comencé con Daime en Brasilia ya estaba preparado mentalmente.

Aún así me costó trabajo volver al Daime. En general, la potencia de su ayahuasca es igual a la de nuestro yajé (tal vez no tan explosivo), pero uno no tiene la libertad de escoger su lugar para poder superar el mareo. Su ritual obliga a mantenerse en pie durante toda la noche, bailando y cantando más de cien himnos, uno tras otro,.

El escenario: una loma que mira el lejano panorama de la capital; clima caliente, árido; una maloca, tosca pero funcional, con luz eléctrica; piso de cemento marcado con líneas que irradian desde el hexágono del altar central, una mesa adornada con flores, fotos de sus “mestres” y la Cruz de Caravaca.

Aquella noche llegaron alrededor de 70 personas, casi todas en carro y seguimos las pautas que ya conocía. Las mujeres ubicadas a un lado del recinto, los hombres al otro, a cada participante le asignan un espacio específico entre las líneas, como en la plaza de toros, con los principiantes como yo en el perímetro. Se procede de una vez al brindis, formando dos filas, según el género, para recibir la copa desde una ventanilla frente a la entrada. La ceremonia comienza con el rosario, repetido muchas veces. Luego, ayudado por media docena de personas con instrumentos musicales, agrupadas alrededor del altar, arranca el canto colectivo, que se complementa con un paso lateral bailado en vaivén. Ante la dificultad de describir los detalles, como los trajes blancos de los hombres, las

faldas y coronas de fantasía de las mujeres, las guirnaldas de papel brillante que cuelgan de las vigas, etc., me limito a decir que todo el adorno tiene un toque de elegancia el cual es un poco jugueteón al mismo tiempo, creando un ambiente entre formal y alegre.

Ahora bien, apreciado Daniel, el yajecero es astuto y ya sabía lo suficiente para preparar mi estrategia. Mi anfitrión, un líder del grupo que era roquero en su juventud y ahora alto funcionario del gobierno, me había contado que el ritual iba a durar toda noche, con el acostumbrado intervalo. Es decir, del inicio a las 9:30 p.m hasta la una de la mañana, para reiniciar a las dos. De mi viaje a Manaus recordaba que el participante, apenas entra el templo, está sujeto a las normas, pero no lo regañan por la tardanza. Así que decidí demorar mi entrada. Pero desde afuera del templo, pude escuchar los himnos y pasada la cuarta hora, no resistía mas: son cautivantes. Comencé bien, pero al rato me sentí incómodo, por mi pobre manejo del baile y la mínima comprensión de las letras de los cantos. Sin embargo, observaba todo, gozaba algunos himnos y a medida que la borrachera me cogía, captaba algunos destellos de su magia.

Sobre todo, me impresionó la entrega de las mujeres, verdaderas divas. Vestidas de gala, sus altas voces dominando el coro, sus miradas perdidas en el trance, entraban, sin exagerar, en un estado orgásmico. Cuando uno está frente a ellas su presencia se vuelve un torbellino de colores, movimientos y sonidos, una fuerza femenina imposible de ignorar.

Más o menos a cada hora hicieron una breve pausa para servir el Daime a los que querían tomar otra copa. Notaba que mi amigo, que ya había bebido tres llenas, seguía parado delante del altar, tocando la guitarra con tanta energía que estaba bañado en sudor. Aunque el asunto de la dosis era voluntaria, sentí una sutil presión moral y pedí la segunda copa, pequeña. Ya en plena rasca, fue más difícil concentrarme, especialmente porque el sentimiento cristiano no estaba a mi gusto. Intenté escapar, para comulgar con la naturaleza. Consciente de la presencia de los “fiscales”, integrantes que vigilan a los participantes, fui a la gran cruz de madera que se yergue afuera, como en todas las iglesias del Daime, y me incliné delante de ella, fingiendo rezar aunque mi propósito era respirar monte. Pero resulta que fui yo el engañado: al rato me pillaron y en todo caso, el magnetismo de la música imposibilitó quedarme afuera.

El intervalo fue chistoso. Aun sabiendo que volverá a tomar pronto, la gente sale a picotear, a un kiosco donde venden pasabocas y refrescos. Fui a mi cuarto, a diez pasos de iglesia, me acosté y nueva sorpresa, dormí media hora (que nunca me pasa durante una toma en Colombia) y después, en ese umbral entre el sueño y la vigilia, oí primero más rezos y luego los cantos. A lo que yo pensé era una hora larga volví, pero en la realidad fueron 20 minutos. A pesar de que los cantos seguían uno tras otro en ese momento, sin el brindis general, me di el derecho a pedir la siguiente copa apenas entré. Cuando miré el número del himno en el texto del compañero al lado, descubrí que apenas estábamos a la mitad !

En aquel momento la noche se tornó interminable y no sabía cómo iba a aguantar, pero al resignarme a las circunstancias sentí el impulso de cierta dinámica, combinación de la fuerza de la colectividad, el orgullo mío y la alegría de la música. Sin negar que estaba bastante aburrido a veces, la obligación de

quedarme me ayudó a concentrarme en el significado de lo que estábamos cantando y descubrí que, entre lo mucho que no entendía y a pesar del lenguaje cristiano, podía captar una que otra lección que concordaba con las enseñanzas de los taitas. Por ejemplo, recuerdo un verso que decía, en tantas palabras, que el Daime es cosa seria y el que no quiere aceptar los sacrificios no debe participar, como si el mensaje estuviera dirigido exclusivamente a mí.

Sabemos que a medida que se acerca la meta, y por más demorado que sea, se recoge más optimismo. Así conté los himnos (que eran aproximadamente 130 en total) y hacía una suerte de gimnasia mental: ahora solo faltan 30, ahora 20, etc. Cada minuto que pasaba, ganaba terreno y así podía disfrutar el ritual intermitentemente, a pesar del cansancio y los momentos de alienación. Pero al terminarlos, pasaban a otro texto. Era más corto, pero demoraba otra hora y la misma desesperación aumentó cuando, sin esperarlo yo, recitaron al rosario concluyente y luego otras oraciones, que fueron sucedidos por algunos anuncios. Fue solamente con la filtración al recinto de los primeros rayos del sol (en aquellas latitudes casi a las 6:30) que por fin terminó.

Daniel, como compañero de tantas tomas, no tendrías dificultad en imaginar mi alivio en aquel instante. En este caso no fue precisamente la satisfacción de haber superado el mareo, la purgación, los sustos etc. Estos sentimientos no estaban ausentes, pero lo que había enfrentado, forzosamente, era también un ejercicio de concentración beneficioso. Percibí que la gran alegría que sentí entonces estaba proporcional al esfuerzo invertido en la resistencia.

Como siempre, estaba demasiado eufórico y hablador y me uní a un grupo de daimistas congregados alrededor de la fogata que estaba prendida toda la noche, esperando participar en la tertulia pos-toma que realizamos en las madrugadas en Bogotá. Pero, como iba a entender más adelante, luego de conocer otros grupos, esa costumbre no existe allí. Los daimistas sí pasan un rato despidiéndose pero la mayoría vuelven a sus casas a los veinte minutos. Sin embargo se quedaron algunos, tipo estudiantes, y se interesaron en mis cuentos. Les mostré una revista con fotos de los taitas y me hablaron de sus propios entusiasmos. Uno era un artista que pinta sus visiones, otro un ecologista. En los días siguientes el último me llevó en su carro a conocer la ciudad y tuve la oportunidad de conversar con otros miembros de la iglesia que había conocido. A pesar de una cierta reserva que caracteriza a sus seguidores, la gran mayoría siendo personas convencionales en su vida normal, el Daime forja amistades.

Lo que acabo de describir fue apenas un solo ritual pero lo que cuento de aquí en adelante no va a ser comprensible si no establezco primero un marco de referencia.

A los pocos días despegué del aeropuerto de Brasilia en una tarde de sol, los horizontes son infinitos ahí y la luz solar pinta el entorno de colores muy hermosos. Pero acercándonos a Rio el atardecer se puso lluvioso. Esperando tener una vista aérea de una ciudad casi mítica para mí, casi lloraba de la decepción. Me hospedé en el apartamento de un amigo que había conocido en Colombia, investigador de la música folclórica. No me mintió al advertirme, antes del viaje, que vive “bajo el sobaco del Corcovado”, en otras palabras, casi flotando sobre la ciudad en un sitio parecido a las laderas de Monserrate, rodeado de un tupido bosque tropical que estaba tapado por la neblina aquella noche. Al dormir,

tuve unos sueños afiebrados, en los cuales veía toda la ciudad bajo esa perspectiva opaca, como un arrume de edificios hundidos en la maraña y carcomidos por la humedad. El tiempo lluvioso persistía y esa impresión inicial se fortaleció durante mis paseos alrededor de aquel sector durante los siguientes días, que incluían una visita al jardín botánico, el cual se pierde en el monte a su alrededor. Luego, al salir el sol, comencé a ver el Rio que todo el mundo conoce -- caluroso, playero, relajado -- pero aún creo que ese sueño, cuya intensidad era una secuela del ayahuasca que había tomado en Brasilia, me reveló cierta faceta esencial de la ciudad. Si su equivalente colombiano, en términos culturales, era Cali, ambientalmente me hizo recordar el Amazonas, selva húmeda y extravagante, pero con mar y montaña. La vegetación brota por doquier, hasta de los andenes y los muros de los edificios, y en muchas partes el peatón goza de la sombra de grandes árboles que aminoran el calor. Entre el conjunto general -- compuesto de apartamentos, "shoppings", avenidas, puentes, túneles y multitudes de gente, todo sujeto a un superávit de carros que muchas veces hace que el tráfico sea insoportable -- se topa, en el momento menos esperado, con las casonas estilo republicano, que caracterizan la arquitectura tradicional y ostentan jardines que son la jungla en miniatura. Montaba buseta, caminaba hasta perderme, trotaba los atardeceres por el parque que bordea el mar entre Botafogo y Flamengo. Sobra decir que esta parte del paseo tenía más que ver con conocer a Rio que al Daime.

Sin ser precisamente ayahuasquero, mi amigo había participado en los rituales del Daime y me facilitó contactos con gente clave, un favor importante en vista de que no sabía cuál iba a ser mi próximo paso. Mi viaje a Brasilia lo había concretado por internet meses antes, pero en Rio no conocía personalmente a ningún daimista; tampoco el calendario ni la ubicación de las varias iglesias que hay ahí. Como había aprendido de mis experiencias con los taitas, siempre se siente más tranquilo si se va a una ceremonia "presentado". Pero tal vez la ayuda más grande que me hizo mi amigo, que tiene una inteligencia muy aguda, fue aterrizarme. Me aconsejó ejercer mis propios criterios de juicio respecto a los usos de ayahuasca en Brasil, sin entrar en excesos ni de crítica ni de entusiasmo. También me advirtió no enamorarme locamente de su país, por lo menos sin conocer su amarga historia y grandes problemas sociales, consejo que me fue más difícil seguir.

Gracias a él, a los pocos días tuve la oportunidad de tomar el remedio en un sitio a dos horas de Rio, colonizado por Suizos, llamado Nova Friburgo. La primera parte del recorrido implicó cruzar el puente que atraviesa la enorme bahía de Rio: ahí por primera vez comencé a entender la topografía de la ciudad, complicada por la accidentada línea costera interrumpida por abruptos farallones. Luego de viajar una hora larga por una carretera super-moderna de esas del Brasil, entramos en un sector de pie de monte y seguimos subiendo. No son los Andes, sino colinas modestas con mucho bosque. Llegamos al pueblo y allí cogimos una vía secundaria y me encontré con un paisaje muy parecido al de la parte baja de la Sierra Nevada, yendo a Ciudad Perdida, de una vegetación tropical desbordada, ríos por todas partes, piedras y lajas gigantescas pero en medio de todo, restaurantes, hoteles y cabañas estilo Suizo.

Aquella noche comenzamos a las cinco de la tarde – en el Daime los rituales no son exclusivamente nocturnos. Y nuevamente sentí la vergüenza de no cantar ni bailar bien, y la molestia de no poder expresarme libremente. Sin embargo, el ambiente era distinto al de Brasilia, más rústico y con menos gente. De lo poco que alcancé a conversar con los integrantes antes del inicio, parecía que, la mayor parte, se dedican a oficios como la jardinería, la artesanía, etc., en contraste con Brasilia, donde todo el mundo o trabaja para el gobierno o aspira a hacerlo. Pero lo que más me llamó la atención fue la presencia de muchos niños, tanto que al lado del templo hay una “*casinha das crianças*”, es decir, una casita con camarotes, suerte de guardería, donde cuidan los chicos durante los rituales. Veía a varios padres de familia bailando con sus bebés en brazos, jóvenes participando en el ritual con todas de la ley y un grupo de muchachos, jugando a vaqueros e indios, que corrían por el recinto sin recibir regaños.

Luego hubo un intervalo. En las afueras de la iglesia noté sembradíos de bejucos de ayahuasca y arbustos de la chacruna, la planta complementaria, algo característico de los centros de Daime. Desde la cima del montículo donde se sitúa el templo, el verde tapete arrugado de las montañas se extendía por todos lados. Estaba lloviznando y en aquel ambiente tibio, húmedo, fértil y aislado se respiraba un aire de tranquilidad que me reconfortó.

Al volver al recinto, brindaron otro vaso de ayahuasca a los participantes, obligatorio en este caso. Me dieron uno lleno y mi borrachera aumentó. Salí a evacuar, regresé y ahora, por primera vez, solté mis inhibiciones un poco. Bailando con los demás, fue como si estuviera entrando en un espiral mágico. Todo se movía al ritmo de la música del tal manera que yo no tenía un punto de referencia fijo. A veces sentía que yo giraba alrededor del espacio, a veces que el espacio giraba alrededor de mí. Sin embargo, me distraía, especialmente cuando el señor al lado me indicó, con un gesto, que mi paso estaba arrítmico.

En un momento dado, ¡me llegó el espíritu del Daime! No hay manera de describir la fuerte emoción que repentinamente se apoderó de mí, una compenetración total con ese círculo de poder que unía música y luz con el meneo de mi propio cuerpo, los rostros iluminados que veía, los adornos del templo y los aromas del circundante bosque. Sucedió como un “clic” que me hizo soltar todo, una sensación tan poderosa que irrumpí en lágrimas. Como ya no me podía concentrar y no quería llamar la atención, me senté en una de las sillas plásticas en el perímetro que se utiliza cuando el tomador está cansado. Un fiscal, preocupado por mí, se acercó y tuve que explicarle que, lejos de estar mal, lloraba por pura alegría. No seguí así por mucho tiempo, era embarazoso y el fiscal me presionaba volver al baile, pero aun así alcancé a realizar un pequeño experimento: cerrar mis ojos para saber si el éxtasis traía su pinta, pero no vi nada. De hecho intuía que encerrarme en un viaje personal iba en contra de la inspiración que había recibido.

Al reunirme con el grupo, el ataque fue mermando y volví a mi estado anterior: gozaba algunos momentos pero me sentía incómodo en otros. Aunque la experiencia no había efectuado una vuelta radical en mis actitudes, algo sí había cambiado. A pesar de mis determinaciones, hasta entonces había *peleado* contra Daime inconscientemente. Por razones de miedo, egotismo y orgullo, había sentido la necesidad de defender ciertas nociones sobre mi autonomía personal.

Entendí que el Daime era otro camino a la misma meta que buscaba en el yajé, ni mejor ni peor sino diferente.

La ceremonia terminó a las once, sirvieron sopa a la gente y pasé la noche en la casa de la “*madrinha*” o jefa del grupo, quien no había estado en el ritual. Al conversar con ella a la mañana siguiente, descubrí que no era una persona blanca de clase media, como los jefes de las iglesias de Brasilia y Manaus, sino una mujer morena, mestiza, sencilla, de una sabiduría campesina especial. Como mi portugués aun era limitado, le mostré las fotos de mis taitas. Ya que contaba entre sus antepasados indígenas ayahuasqueros, no los miraba como bichos exóticos y así, hablando los dos más con señas que con palabras, me simpatizaba de una manera incomprensible a los demás. Me contó, entre otras cosas, los nombres que utilizaban anteriormente en Brasil para los distintos artefactos de los curanderos que veíamos en las fotos, como los collares y las coronas. La casa estaba llena de familiares y seguidores que la trataban con mucho cariño. Era la verdadera madre del grupo, tan querida que supe después que su renombre es nacional.

De vuelta a la ciudad. Se acercaba la semana del carnaval y yo en Rio. Por supuesto que quería participar, siendo tal vez la única oportunidad en mi vida de presenciar algo que es el emblema de Brasil para el ingenuo extranjero. Pero resulta que una amiga antropóloga que vive en São Paulo me invitó a un retiro de ayahuasca que estaba organizando precisamente con el propósito de permitir a la gente como uno escaparse de la rumba y dedicarse a algo espiritual. Estaba indeciso, pero afortunadamente mi amigo en Rio, con la sabiduría que lo caracteriza, me dijo: Jimmy, usted detesta la bulla y le encanta el ayahuasca, y en el fondo el carnaval es una cosa comercial, ruidosa, atestada, etc. Tiene que ser congruente con su meta, su temperamento.

La víspera del carnaval arranqué para São Paulo. La carretera es una maravilla, buses súper-modernos y económicos, el paisaje bonito, restaurantes con toda la comida que uno quiera. Seis horas después llegué a São Paulo. Del terminal tenía que viajar a la casa de mi amiga por transporte público y me preocupaba la idea de ubicarme en ese monstruo de ciudad, que deja a Nueva York en la sombra, por lo inmensa y deforme. En Rio uno se ubica relativamente fácil, por el mar – como en Bogotá por los cerros.

Me lancé al metro como yajecero valiente y llegué al apartamento de mi amiga. Al día siguiente fuimos a la casa de sus padres, que viven en un barrio arborizado de casas lindas con jardines grandes que me hizo acordar de ciertos distritos de Miami. Almorzamos mientras esperábamos a unas compañeras para partir juntos hacia el retiro. Y de un momento a otro comencé a entender la conversación en portugués, así instantáneamente. Claro que el oído se había ido afinando, pero en algún sentido el Daime accionó el mecanismo. Aclaro que no estaba bajo la influencia directa de ayahuasca, pero había estado en un ritual en otra iglesia del Daime cerca al Rio la noche anterior al viaje a São Paulo. Durante el recorrido prácticamente no dormí y esto, junto con el leve “choque cultural” que experimenté ante semejante monstruo urbano, hizo intensificar una cierta “apertura” al medio que había sucedido desde mi llegada a Brasil en la cual el encuentro con el Daime fue un factor, no único, pero significativo -- una receptividad, mezcla de alegría, desorientación y cansancio, que se extendió al

día siguiente, cuando fui a la citada casa. Nunca me había pasado antes, juro que fue un milagro del Daime.

Fue un viaje largo hacia Minas Gerais, atravesando una zona de cultivos agroindustriales de café, maíz, caña de azúcar, frutales y mil más, surcos a gran escala hasta el horizonte: una fertilidad impresionante interrumpida cada rato por los edificios de ciudades provincianas que, a pesar de su pequeño tamaño, son el último grito de la modernidad. Sé que vastas zonas del país están subdesarrolladas, pero en las partes que vi el avance de la infraestructura, la industria, las telecomunicaciones, etc es impresionante. Luego de tres horas de camino tomamos una carretera destapada para entrar en una región de minifundios, de topografía parecida a Boyacá o Santander, con muchas quebradas. Subimos a la finca por una pendiente de esas que tenemos aquí, donde se reza para no caer al abismo.

Algunos de los compañeros llegarían al día siguiente. Nos hospedamos en tres casas campesinas, compartiendo las tareas y comiendo juntos. Sol fuerte durante el día y noches frías, cómo Bogotá en verano, con mucho viento; el paisaje, de amplios horizontes, todo verde y bonito. Los vecinos campesinos que ayudaban en la cocina eran igualitos a la gente de Santander, monos, serios, callados, sanitos. Hasta fabrican bocadillos veleños (con otro nombre).

Bueno, llegamos apenas con tiempo para instalarnos antes del atardecer. Aquella noche realizamos un ritual informal, una suerte de ensayo, sin baile, en el salón pequeño de la casa de mi amiga. Como siempre, el ritual comenzó con el rezo del rosario y otras oraciones. El ayahuasca era excelente, ni siquiera amargo, pero eficaz. En un momento dado me cogió el mareo, supongo que por el remedio, siempre fuerte, y el cansancio del viaje. Como no era un ceremonia reglamentaria, se me permitió acostarme en el cuarto contiguo mientras me pasaban las náuseas. Me invadió un pesimismo frente al Daime. Me acordé del ritual anterior, en la iglesia en las afueras de Rio. Esperando revivir algo de la dicha que había sentido en Nova Friburgo, sufría una decepción: las normas me oprimían, el enfoque cristiano me pareció demasiado limitado y sentimental y las personas un poco robotizadas, sin la debida espontaneidad o amplitud de pensamiento que asocio con tomadores del yajé. La purga no fue dolorosa y hasta cierto punto gozaba de la música, pero en el fondo para mí el ritual era plano, sin mayores iluminaciones.

Ahora, además de sentirme nuevamente un extraño, aislado físicamente de los demás, el mareo se fue intensificando hasta llegar a un punto cuando, por primera vez con Daime, sufría el tipo de mal viaje que me pasa en ocasiones con el yajé. En ese momento sucedió algo insólito, me llegó Jesús Cristo. Más que verlo, percibía delante de mí la presencia de algo grande e imponente, en forma de esa pinta no-figurativa que es solo una nube de colores. Aunque no era nítida y los tonos más bien sombríos, en momentos veía la forma de una gigantesca cruz que cubría todo el cielo imaginario que llenaba mi campo de visión. Mientras esto sucedía el mismo remedio me hacía entender que, a pesar de mi hostilidad a la incorporación del cristianismo en el yajé, Jesús tiene su resonancia, sobre todo en un contexto no-indígena: si no es mi Dios, en mayúscula, es por lo menos un espíritu mayor. Y sentía la necesidad de pedirle perdón, por irrespetar no precisamente el Cristo que es el ídolo de los cristianos sino el que es, un gran

iluminado y sanador, además de consuelo y guía para millones de personas. O en otras palabras, esa aparición me hizo consciente de una debilidad mía, la presunción de creer que mis ideas sobre la espiritualidad y muchas cosas más son las únicas válidas. Era una lección de tolerancia y humildad.

Al mismo tiempo, representaba un paso adelante, entre otros, en lo que se puede llamar el aprendizaje de un nuevo lenguaje, que iba progresando en el transcurso del viaje al Brasil. Todavía estaba muy viche con el Daime, sobre todo porque no entendía bien las letras de los himnos. Es difícil disfrutar de sus rituales sin comprender el significado de lo que uno canta, además los versos revelan una amplitud de creencia que no es aparente al comienzo.

Poco a poco descubría que, mientras los daimistas son cristianos y esto se ve claramente en todos los aspectos de su culto – los cantos, el adorno de los templos, su calendario, su doctrina, su misma pinta – son amplios y sincréticos. Para el que sabe algo de ayahuasca, el hecho de que reconocen otros espíritus es apenas lógico, porque cada lugar tiene sus dioses tutelares que se revelan en el trance. Desde mis primeras tomas en Florianópolis, a la orilla del mar, entendía que Brasil tiene influencias invisibles que no se ven en Colombia (y viceversa), entre ellas los espíritus africanos. Esto en parte explica mi bronca contra la “importación”, mediante ícaros grabados, de fuerzas ajenas a la particularidad del escenario en el cual tomamos el remedio en Florianópolis.

Ahí tuve una visión de un negro gigante tocando tambor. Pudo haber sido Mestre Irineu, el fundador del Daime, una lectura dada a mí después por la madrinha de la iglesia en Nova Friburgo, quien incluye en algunos de sus rituales ciertos elementos de Umbanda, aunque no tuve la oportunidad de experimentarlos. Tenía cierto sentido. Irineu era un señor de siete pies de altura y ya sabía que mi próximo paso iba a ser Daime. Sin embargo, mi intuición me dijo que era más bien un espíritu africano que le había inspirado a él, además sabía que el cocinero de aquel ayahuasca era un negro, quien probablemente metía los dioses de su raza en el remedio sin ser daimista.

En Rio, mi amigo musicólogo me llevó a conocer la procesión de Iemanjá, la diosa africana del mar, un rito tradicional que se realiza el 2 de Febrero en la parte histórica de la ciudad. Miles de personas, vestidas como los esclavos de la época colonial (no solo negros sino blancos también) van bailando por la calle mientras cantan las alabanzas de los cultos africanos, hasta llegar a la bahía, donde sus jefes salen en botes para lanzar ofrendas de flores al mar. En el transcurso de mi retiro en Minas, cantaron algunos himnos dedicados a Iemanjá que me conmovieron mucho, porque ya tenía esa conexión. Para mí, la siguiente alabanza a la diosa, es uno de los himnos más bellos del Daime:

*Luar se fez
um raio prateado
iluminando o céu
e as espumas do mar*

*Lindo clarão
a beira-mar
vejo mamãe Yemanjá*

*Lá vem, lá vem
junto com suas sereias
nos abençoar
rainha Yemanjá*

*Dona das águas
tu és mãe
ôh! Janaína Odo Iya*

*Iluminai
minhas profundas águas
para eu decifrar
mistérios de meu mar*

Los daimistas también cantan himnos de alabanza al bejuco, a la chacruna, a la selva, a la luna, al sol, etc. A veces en el Daime se utiliza un lenguaje cifrado, con referencias a espíritus indígenas, hindúes, etc y hasta fuerzas más arcanas, incluyendo nada menos que un personaje de mi propia sangre, el rey Salomón, pero hay que estudiar para comprender.

Volviendo al ritual, una vez habiéndome reconciliado con lo cristiano, el mareo me fue pasando. Me uní al grupo, y como la reunión era muy íntima y relajada, fue mucho más fácil concentrarme en los himnos, no en la letra impresa (se me ofuscó la vista con la borrachera), sino en el sonido. Meforcé en enfocar mi atención en los labios de un compañero o compañera cuya voz sobresaliera en el coro. Ahora lo que había experimentado en Nova Friburgo volvió con una fuerza multiplicada.

Aquella noche la idea era cantar, informalmente, 30 de los himnos del *hinário* principal, *O Cruzeiro*, obra del mismo Irineu, del cual ya conocía un poco. La primera noche terminamos relativamente temprano, pero pasó lo que muchas veces ocurre con los daimistas, el entusiasmo desbordó los límites del programa. Es decir, al llegar al final del *hinário*, la gente siguió cantando un rato más, por su propia cuenta. Hay un cuerpo de himnos que casi todo el mundo conoce de memoria, lo cual facilita esa clase de improvisación. Ya me había impresionado la autoridad y maestría del líder, conocido como el *padrinho*. En el Daime, el padrino no es propiamente el taita, porque generalmente no hay sanaciones y las oraciones son colectivas.

Más bien, es el motor del grupo: el maestro de ceremonias, jefe administrativo, consejero, etc. Tenía una onda simpática, cierta modestia y calor humano especial. Estaba concentrado en este hombre mientras cantaba lo que en el Daime se llama una “*diversão*”. Es un canto, más laico que religioso, cuyo origen se remonta a los primeros tiempos del Daime, cuando éste sólo existía en la selva. Para enganchar a la gente local – “*caboclos*” (mestizos) –, su fundador los invitaba a una fiesta, les brindaba ayahuasca y cantaba himnos alegres para despertar su entusiasmo para luego guiarlos hacia sentimientos más espirituales. Esta es una estrofa de la “*diversión*” que el padrino cantó aquella noche:

*A casa é esta
A casa é esta
Esta é a casa da nossa festa*

*Quem quiser ver, venha pra cá
Mas venha pronto para dançar
Aqui se canta
Aqui se dança
Mas é preciso se trabalhar*

No sé precisamente porque, pero al escucharla una bomba de dicha explotó en mi interior, una sensación de maravilla que había ido creciendo en las horas anteriores. Como me pasó en Nova Friburgo no pude contener las lágrimas, pero ahora la sensación fue más profunda y en algún sentido más sólida, más convincente, porque no era tan accidental sino el resultado de todo el proceso anterior y además, esta vez me sentía integrado con el grupo, como amigo y compañero, algo que no me había sucedido antes. Fue como una revelación, encontrarme frente a una magia inesperada, de gran profundidad. En parte tenía que ver con el alivio que sentía en aquel momento, esa satisfacción de haber sobrevivido la prueba, pero también con lo gracioso que fue ver cómo el padrino adoptaba repentinamente unos gestos cómicos para ilustrar el canto, señalando “vengan por aquí” con las manos y la sonrisa. Todo el mundo estaba súper-alegre y nos lanzamos a un baile informal y libre, al ritmo de los cantos. En medio de esto, me acerqué al padrino y le dije que nunca en mi vida había experimentado algo igual con el remedio y que estaba con la boca abierta de admiración por él, como responsable del milagro

Lo que no entendía bien pero que fui descubriendo en los días siguientes es que usualmente un daimista sólo puede llegar a ser padrino si es “compositor”. Igual a los taitas, los daimistas reciben sus cantos del cielo, bajo la inspiración del ayahuasca. Tener un don especial para eso es una señal de que la persona merece el rango de padrino. Normalmente, el padrino de una iglesia del Daime tiene su propio *hinário*, un repertorio que puede alcanzar a cien himnos. En muchos lugares, uno que otro de los “*fardados*” tiene su *hinário* también, es decir, las personas que, al comprometerse plenamente con sus prácticas, reciben el derecho de vestirse con el uniforme (*farda*) ya mencionada. A mi modo de ver, la música de éste padrino era sobresaliente: por un lado ostentaba una inocencia, una pureza espiritual “pegajosa”, y por el otro, un sabor contemporáneo “bailable” con insinuaciones de samba y otros ritmos populares.

El padrino no hablaba español, pero nos hicimos amigos por pura empatía. Era un hombre inusual, muy comprometido con su fe pero amplio al mismo tiempo. No es gratuito que el Daime se llame a sí mismo una “iglesia” (hasta el gobierno le reconoce esa condición). Tiene sus templos, rezos, jerarquías, calendarios de santos y doctrinas propios, así como su profeta y fundador, Mestre Irineu. Por lo tanto, a la mayoría de los daimistas no les interesan mucho ni los indígenas ni otras iglesias ayahuasqueras del Brasil, como la União do Vegetal (Unión Vegetal). Están en su línea y punto. Al jefe en Brasilia no le entusiasmó la idea de un intercambio entre Daime y los taitas de Colombia. Tampoco al de la iglesia en

las afueras del Rio: no, que Colombia es muy peligroso, etc. Pero éste, muy atento, sí se interesó por mis relatos.

Hablamos sobre las distintas normas que rigen el uso del remedio en los dos países. Era difícil contarle con precisión lo que hacemos en Colombia, porque nuestras reglas son tácitas y el manejo del ritual es una extraña combinación de lo sublime y lo informal, dónde hasta el humor negro tiene su papel. Le decía que para mí, una de las diferencias más llamativas era el poco énfasis en la purgación que se hace en el Daime. Desde el principio había observado que mientras la gente sí vomita, no lo hace con tanta frecuencia ni con el mismo traumatismo que en nuestro caso: no le da la importancia, digamos, didáctica que tiene aquí. El estaba entre fascinado y perplejo con las desgracias corporales que son un denominador común de nuestros yajeceros, tanto que los mismos taitas se ufanan del descontrol que sufrían como aprendices. Pero me explicó que mientras no pase en una forma tan dramática, los castigos del bejuco también tienen su papel en la conscientización de los daimistas.

Se había iniciado, veinte años atrás, en la sede que su iglesia tiene en la selva. Era (como muchos daimistas ahora maduros y serios) un joven urbano y rebelde para quien ir a una región tan lejos y primitiva no era más que una aventura hippista, pero apenas conoció el Daime se convirtió. Al mismo tiempo realizar lo que él concebía desde el principio como su misión en la vida le obligaba pagar su cuota de sufrimiento. Uno de sus himnos relata la experiencia:

*O dia em que eu cheguei aqui nesta doutrina
Eu estava perdido procurando me encontrar
Ai então destampou meu pensamento
Fui nas alturas conhecer aonde está*

*Aonde está a realidade última
A morada do segredo universal
O meu mestre foi chegando e apresentando
Todos os devas que habitam no astral*

*Trabalhei, trabalhei forçosamente
Confianto e me entregando com fervor
Recebi do meu mestre este presente
Amar a Deus e a todos seres ter amor.*

Era obvio que si el Daime es extraño para nosotros, igual lo era escuela colombiana para ellos. Además de preguntarme sobre los detalles de nuestras tomas, tales como los atuendos y cantos de los taitas, quería saber de su formación, su disciplina, sus enseñanzas sobre la comida, las relaciones sexuales, los experimentos con otras sustancias. Así, entramos en el tema de las “dietas”. Resulta que su esposa y él estaban pensando seguir el celibato. Es algo que ciertos adeptos escogen para profundizar su saber, pero en contraste con los indígenas de Colombia, que lo hacen en la etapa de aprendizaje, cuando son muchachos y solteros, daimistas como esta pareja lo realizan cuando ya llevan años de casados y tienen hijos crecidos. Para la pareja, lejos de abrirse, la idea es

que la unión se fortalece mediante su compartida dedicación a su fe. (En la selva hay un grupo del Daime compuesto de sólo vírgenes, pero es excepcional). En el mismo campo, el Daime prohíbe hacer el amor tres días antes y tres días después de un ritual. ¡Menos mal que en los centros urbanos lo realizan, generalmente, cada dos semanas!

Tomar (y hablar sobre) ayahuasca era el propósito del retiro, pero no el único: la convivencia también era importante. Paseamos en carro por el pueblo vecino, fuimos a unos baños termales y nos metimos en una cascada de veinte metros de altura –las hay por todos lados. ¡Qué pueblos tan limpios y organizados! Son parecidos, digamos, a San Gil, pero en menor escala y sin violencia.

Cuando terminamos los himnos la noche siguiente, hicimos lo que llaman una “*concentração*”, esta vez en un kiosco, sin paredes, que nos servían de comedor. Me habían hablado mucho de esta práctica, pero era la primera vez que participaba. El objetivo, en pocas palabras, es ver pinta; el Daime, pues, no sólo gira alrededor del canto y del baile. Todos se sientan, apagan las luces y (en este caso particular, la costumbre no es universal) prenden una grabadora. Eran himnos más largos que los acostumbrados, sin letra y musicalizados con guitarra y órgano electrónico, un poco plástico el sonido pero agradable. Uno se queda ahí en la oscuridad y se concentra en sus visiones. Había mucho viento y aunque no vi pinta que valga la pena, me sentí compenetrado con la naturaleza, como si mi cuerpo fuera transparente, etéreo, abierto a la brisa que lo atravesaba.

En la mañana del tercer día fuimos veinte hombres y mi amiga, la anfitriona (quien es la capitana en todas partes) a sembrar bejuco y chacruna. Se nota que tienen experiencia, saben dónde y cómo plantarlas. Como ya dije, en todas las iglesias que conocí hay matas del yajé: en la del Río, por ejemplo, me llamó la atención la gran enredadera del bejuco que cubría la cruz a la entrada del templo.

Ellos mismos cultivan las plantas y preparan el remedio, aunque pocos lugares son auto-suficientes. Cada iglesia puede tener cincuenta o hasta cien o más integrantes, y puesto que realizan los rituales regularmente necesitan cantidades de ayahuasca. El surtido de plantas depende de su sede principal en la selva o a veces las consiguen mediante intercambios con otros centros.

En Brasilia conocí el lugar donde cocinan el remedio, cerca del templo. Consta de una suerte de trapiche como los que utilizamos aquí para la caña de azúcar, es decir, una estructura abierta, con techo de zinc, piso de cemento con huecos grandes para las ollas y una cámara debajo donde se mete la leña. Hacen algo que ningún taita practica en Colombia: se emborrachan con el ayahuasca para poder cocinarlo bien. Prepararlo es todo un ritual, llamado “*feitio*” (algo así como “hechura”), en el que participa un grupo grande de personas. Trabajan por turnos día y noche durante tres o cuatro días seguidos, los hombres machacando bejuco o alimentando el fuego y las mujeres escogiendo hojas, todo mientras cantan himnos. El amigo que me mostró el recinto para el *feitio* me dijo que sus mejores experiencias con ayahuasca han sido durante el día, canalizando la inspiración en las labores físicas de la preparación.

La última noche hicimos, esta vez como ceremonia formal, el último tercio del *hinário*, pero no en la casa de mi amigo sino en un salón, recién construido, en la parte alta de la finca, que es un centro dedicado al estudio de las plantas sagradas, no solamente el ayahuasca. Por lo tanto no tiene una “iglesia” para los

ritos del Daime. En lugar de ello, se erigió lo que se llama cariñosamente el “*ayahuascódromo*”, un recinto pequeño, con amplios ventanales que ofrecen una vista espectacular. Por ser un ritual ortodoxo, las personas se vistieron de “*farda*”, todos menos yo y otro señor, del cual hablaré más adelante. Era curioso ver a los compañeros que antes andaban en ropa de trabajo ahora vestidos en traje y falda. Sabía que iba a ser una prueba: como había tomado las dos noches anteriores, estaba corto de sueño y la formalidad del ritual me impediría escapar a las normas.

El baile es elemental – dos pasos a un lado y al otro – pero por la borrachera y el nerviosismo, a veces algo tan sencillo se vuelve complicado. Si uno no lo hace bien, los demás se dan cuenta. Pero mi mayor preocupación era fisiológica. Luego de pasar tanto tiempo en la escuela “purgativa”, el cuerpo se acostumbra a recibir el remedio de cierta manera. Cuando el tomador pasa a otra modalidad puede llegar a entenderla intelectualmente, pero sus reacciones ya están impresas en su organismo, y surgen todo tipo de traumas al cambiar de manejo. En mi caso particular, desde hace tres años estoy en un proceso en el cual el bejuco no me deja vomitar, o por lo menos sólo después de unas horas. Y mientras espero evacuar, el dolor en el estómago es hasta más pronunciado que en el principiante. Por lo menos en Colombia puedo salir del recinto o permanecer acostado. ¿Qué iba a hacer si ni siquiera esto me estaba permitido ?

Aunque en general estuve bien, en un momento dado me puse mal y lo que temía comenzó a suceder. Salí, traté de vomitar pero no podía, llenaba los pulmones con el fresco aire de la montaña para aliviar el mareo, pero todo era en vano y como había sucedido en otras ocasiones, al alejarme del recinto, buscando un lugar donde por lo menos pudiera agacharme sin causar escándalo, me desconecté del grupo y me puse peor. Pero tampoco pude entrar en aquel estado. Mientras daba vueltas alrededor del salón, esquivando al fiscal, me sentía cada vez más asfixiado y desesperado. Finalmente, decidí que la única solución era acostarme. Pero no se puede hacer de cualquier manera dentro del ritual, hay que pedir permiso e irse a un lugar reservado para este propósito, normalmente uno de los dos cuarticos (según el sexo) en un rincón de la iglesia. Sin embargo, aunque el Daime así reconoce su necesidad, la costumbre está mal vista. Sentarse es aceptado, siempre y cuando sólo sea un breve descanso, pero hay que estar enfermo de verdad para poder acostarse. Son estrictos al respecto. Al acercarme a ese refugio, (un lugar incómodo sin paredes y con piso de cemento, cerca a los baños) vi una mujer acostada, de aspecto indefenso, llorando y fuera de sí, ayudada por dos compañeras que me miraban mal. Recordé toda la carreta que les había hablado sobre mi larga trayectoria con los taitas, mis viajes a la selva, etc., y me dio vergüenza no poder aguantarme más.

Este detalle lejos de ser una mera anécdota, resume un principio importante para manejar el Daime: integrarse al grupo precisamente cuando se está mal. Aunque en la práctica parece lo contrario, la energía colectiva fortalece al individuo. En Colombia es distinto, no solamente porque es usual retirarse a la hamaca mientras pasa el malestar, sino también por toda esa obsesión con la purga. La primera vez que estaba con Daime, en Manaus, tuve problemas porque salí de la iglesia. Mi idea era buscar alivio de los espíritus del bosque pero me explicaron que sólo se va para evacuar o vomitar y hay que volver enseguida. Esta

vez, con la vergüenza por un lado y la nueva conciencia de los mecanismos del Daime por el otro, me puse valiente. Volví al grupo, comencé a bailar y cantar y efectivamente, casi enseguida superé el mareo.

Después de un corto intervalo llamaron para tomar la segunda copa. No tenía ganas, ya estaba inspirado y no veía la necesidad de emborracharme más. Pero ahí, como en otros grupos del Daime, quieren que todos tomen parejo, lo cual me parece válido como principio de solidaridad. Ante su insistencia, me acerqué al altar. El padrino tenía un sistema curioso para llevar el yajé. Utilizaba una bolsa plástica grande y gruesa –no un garrafón, como nosotros – diseñada para transportar líquidos. En aquellos rituales resultaba un poco chocante, porque dejaba ver el color y la textura del remedio y en mi caso particular de una vez accionaba el mareo, pero al final el método es práctico.

Sabiendo que no quería la dosis adicional, el padrino me ofreció una porción mínima, como algo simbólico que me permitiera cumplir con el deber. En este momento, frente al altar, sentí que todos me miraban –talvez era ilusión mía, reflejo de mi vanidad, aunque no creo–, y que estaba ahí como representante de los taitas y debía responder por ellos. Entonces le pedí que me sirviera más, él agregó una pequeña cantidad, y así seguimos hasta prácticamente llenar el vaso de vidrio que utilizan para el brindis. Mientras lo tomaba sentía que todos estaban atentos a mi reacción, midiendo mi valor; toda la energía del ritual enfocada en mí. Y ¡pum!, lo trague con esa satisfacción de haberme portado como un verdadero yajecero del Putumayo.

Los miembros de esa iglesia tienen la costumbre de pedir el segundo vaso grande para inmediatamente provocar el vómito y así volver más purificados y lúcidos a la fase siguiente del ritual. Advierto nuevamente que no es necesariamente una característica del Daime en general y noté que fue más asunto de los hombres que de las mujeres. En Colombia los taitas se ponen bravos ante semejante comportamiento: dicen que uno está desperdiciando el yajé, hasta amenazan no brindarle nunca más una copa adicional en los rituales si sigue con el hábito. Y claro, el remedio era fuerte y pensé que yo también iba a vomitar y hasta quería hacerlo, pero no, aguanté el resto de la noche sin siquiera evacuar. Aparte del padrino, no creo que muchos lo notaron, pero era una prueba de que la relación entre mi cuerpo y el remedio era distinta a la de los demás.

Con esa copa adicional, la borrachera se volvió cada vez más rica. Es difícil explicar a alguien que no conoce el Daime cómo es la felicidad que se siente, aquella inmersión en la música, en el movimiento de los danzantes, en la colectividad. No es un precisamente un “saber” en el sentido, digamos, “esotérico” – un vistazo al mundo del más allá –, sino un sentir, un escape de las preocupaciones del ego que trae mucho bienestar.

Terminado el himnario, pasó algo excepcional dentro de los cánones del Daime. El padrino ordenó a la gente permanecer en su lugar en silencio y concentrarse, porque Jimmy iba a cantar los rezos de sus taitas. Para mí era una gran responsabilidad, pero tenía plena confianza de que iba a salir bien. Por un lado, estaba bien borracho y alegre, poseído de mi acostumbrada desfachatez. Pero más allá de lo personal, sentí como si me estuviera aprovechando no mi inspiración privada, como sucede en Colombia, sino de la energía del grupo, además del respaldo del padrino.

Juro que jamás en mi vida he cantado así. Entraba en comunicación con el espíritu de los animales de la selva, improvisaba estrofas en alabanza del remedio, llamaba a los taitas conocidos y a la gente del yajé. Estaba tan absorto en el trance que luego pensé que mi intervención había durado media hora pero mi amiga me dijo que apenas fueron diez minutos.

Lo curioso fue la solemnidad de las personas, entendible considerando que era algo completamente novedoso para ellos, ajeno a su contexto. Lo que hacía, o intentaba hacer, era brindarles las pintas del yajé, pintas que yo veía claramente mientras cantaba. Pero parece que no funcionó porque no entendían el propósito, ni estaban suficientemente relajadas. Lo supe por los comentarios más bien vagos que hicieron al final, dijeron que les gustó pero sin mayores comentarios. Esa fue por lo menos mi impresión personal. Pero la misma amiga me comentó después que las reacciones fueron variadas. A algunos les encantó, a otros les molestó, otros bromearon, etc. Entre las críticas se notaba la idea de que era una energía demasiado “primitiva”.

Recuerdo haber encontrado, entre algunos seguidores en las distintas iglesias, cierta actitud de superioridad frente a la tradición indígena, es decir, la noción de que sus respectivos fundadores “civilizaron” los usos antiguos del ayahuasca, que eran en algún modo “salvajes”. No sé hasta que punto es parte de sus doctrinas, tampoco quiero poner mucho énfasis en el asunto. El hecho primordial es que fui a Brasil, esperando tener problemas en aquel punto, pero no me afectó en nada. En la realidad, aquí estamos en una órbita y allá están en otra que nunca cruza la nuestra y viceversa. Pero igualmente pienso que siendo tan diferentes, las dos líneas comparten la misma adoración a las fuerzas supremas, abnegación del ego, convicciones éticas, respecto para las plantas, etc y por lo tanto le permiten al yajecero ser aceptado en Brasil como otro ser humano más en busca de la verdad, siempre y cuando respete sus normas.

Al terminar mi canto y como muestra de agradecimiento le dije al padrino que él era un verdadero taita y me respondió que yo era un verdadero daimista. Claro que lo hizo de una manera afectuosa, no literal. Terminé cediendo al Daime hasta el punto de recibir lo que fue para mí un gran elogio pero igualmente siempre estaba consciente de ser forastero, libre de las exigencias impuestas a los demás. En todo caso, suponiendo que existe una “dogma” daimista en contra de semejante actuación (de la cual no estoy seguro) la amplitud del citado padrino se resalta aún más.

Para cerrar la ceremonia rezaron algunas oraciones, y entramos nuevamente en la fase de la rumbita. Cantamos himnos por puro gusto y bailamos, en pareja, al son de la música. Era un frenesí compartido, parecido a lo que sucede a veces en nuestras tomas de yajé. Filmaron la escena en video – incluso cuando el padrino, su esposa, otros compañeros y yo cantábamos aquella diversión, todos abrazados y muertos de la risa.

Más tarde, descendimos en grupo por el potrero hacia la casa de mi amiga, para comer. Luego algunos se fueron a dormir, pero la mayoría se reunió alrededor de la fogata a mirar las estrellas, conversar y sobre todo, cantar más himnos. Esto sucede a toda hora fuera de los rituales, ensayan constantemente como práctica de memorización. Uno enseña o corrige al otro; hasta la manera de agitar las maracas mientras uno baila está reglamentada, no se hace de cualquier

manera. Su dedicación a su música es impresionante. La gran mayoría de los daimistas saben de memoria veintenas de himnos y cantan afinados, además en cada iglesia hay un grupo de personas que tocan instrumentos como la guitarra o el órgano para acompañar y animar el coro.

Los himnos siguen patrones de musicalidad ya establecidos, podrían parecer muy uniformes, pero uno va descubriendo sutiles variantes. Algunos no son tan buenos, pero con la rasca todos resultan inspiradores, sobre todo cuando uno se concentra en las letras, que expresan, con matices cristianos, las mismas verdades que los taitas plantean. Sin embargo, por más que admiraba su constancia, en momentos me cansaba de tanta cosa divina: terminado el ritual, quería aterrizar un poco.

A eso de las tres de la mañana, fui a dormir a la casa donde me alojaba; era de adobe igual a una casa campesina de Colombia. En el otro cuarto, algunos compañeros siguieron cantando hasta la madrugada, en voz baja, casi susurrando, y esto entró en mi inconsciente. Los himnos seguían ahí en la pinta de mis sueños

Fueron tres noches seguidas. La primera informal, la segunda de “*concentração*” y la tercera en el “*ayahuascódromo*”. Casi no dormí, estaba en una rasca de esas perpetuas, pero un poco preocupado pensando hasta qué punto podría aguantar. Cuando nos citaron la cuarta noche al citado salón, esperaba otro ritual, pero no, realizaron una suerte de mesa redonda con la disciplina que los caracteriza. Cada uno se presentaba al grupo, nos hablaba de su trayectoria con el Daime, de la iglesia a la que pertenecía, sus impresiones sobre el retiro, etc. Como éramos treinta la charla se prolongó, y al final yo estaba bastante aburrido, como en esas reuniones de los cabildos indígenas en la selva. Luego pudimos conversar sobre los temas con mayor franqueza, y la reunión se puso un poco tensa.

El Daime no es una sola cosa. El padrino y sus seguidores, que eran la mayoría, pertenecen a una vertiente llamada Alto Santo, y los demás pertenecen a Cefluris (Centro Ecléctico da Fluente Luz Universal), la misma de los grupos que conocí en Manaus, Brasilia, Nova Friburgo y Rio. La división se remonta a la época de la muerte del fundador y tiene que ver con sus verdaderos sucesores, cuestiones de doctrina, etc.

Estando entre tantos antropólogos, tuve la oportunidad de aprender algo de la historia del Daime, hasta me regalaron estudios para traer a Colombia. El desarrollo del Daime está marcado por cualquier cantidad de sucesos insólitos y enredos apasionantes, como las historias de los taitas, pero en una cultura distinta. Parece que aquella noche algunos de esos conflictos comenzaron a emerger. Y claro, con el cansancio que todos sentíamos, varios de los asistentes se pusieron a pelear. Aguanté hasta la media noche, me volé, y por primera vez dormí bien.

Madrugó bonito, con pleno sol y cielo azul. Fui a desayunar con hambre y apenas terminé nos llamaron para otro ritual en el kiosco, el cual no esperaba. A plena luz del día, ¡imagínate! Sin embargo no me preocupó mucho el asunto, puesto que había descansado y sentía que la energía de la mañana me fortalecía. Pero no contaba con el hecho de que, por esa misma razón, el estar relativamente elevado, el ayahuasca iba a pegarme con mucha más fuerza. Con apenas una

pequeña copa entré en una rasca tremenda, deliciosa. Cantamos y nuevamente lloré de la emoción, especialmente porque era la despedida. En todo caso, tomar de día fue extraño. Estaba inusualmente lúcido en la borrachera y gocé del canto como siempre, pero al mismo tiempo quería utilizar la inspiración para disfrutar del entorno. No funcionaba; por un lado la luz solar es brusca en aquella sensibilidad y uno se marea al enfocar la vista en las plantas o el cielo, por el otro la música jala y se entra en una suerte de conflicto de lealtad respecto a seguir al grupo o a los propósitos personales.

Apenas duró una hora y cuando terminó la mayoría de los compañeros empacaron y partieron en sus carros; en el caso del padrino y su combo sería un viaje de seis horas pero, a pesar de la rasca (y ellos tomaron el segundo vaso, yo no) todo el mundo estaba fresco. Son gente muy berraca, algunos profesionales con familias y todo, que vuelven a la vida diaria enseguida y manejan bien sus compromisos. El padrino, por ejemplo, es abogado, aunque me cuesta imaginarlo en semejante papel.

Quedamos cinco o seis, incluyendo a mi amiga y el personaje con quien trabé la amistad más cercana, el citado no-*fardado*, un señor que trabaja en televisión y habla bien el español. Con tanto ayahuasca y la necesidad de hablarlo a toda hora, mi manejo del portugués progresó durante el retiro, pero obvio, mis recursos eran limitados y había momentos en que quería hablar a fondo de las experiencias. Él era mi interlocutor ideal: hombre aficionado a las letras como yo y tal vez por la misma razón el único que compartía un poco mi debilidad frente a la asimilación de los himnos.

Le había prestado un ejemplar de mi libro y pasaba su tiempo libre leyéndolo palabra por palabra. Al final se lo regalé, lo merecía. Antes de irse, el padrino le regaló a mi amiga, la anfitriona, algo del ayahuasca que había sobrado. Ibamos a tomar aquella noche, conmigo como taitica, pero luego nos dimos cuenta de que estábamos rendidos. El agotamiento duró hasta el día siguiente y era tan fuerte que no sé como llegamos vivos a São Paulo: mi amiga, que conducía el carro, estaba muerta de cansancio. Digamos que el Daime nos protegía.

A los dos días volví a Rio, estuve una semana, un poco desocupado, pero motivado a seguir para poder participar en un plan que aquella amiga había trazado: realizar un ritual con el ayahuasca del padrino, dirigido por mí. Y efectivamente, tuvo lugar aquel fin de semana. Regresé a São Paulo y fuimos, con diez personas más, a un sitio dentro de los límites de la ciudad que me sorprendió por ser bastante rural.

Como parte del programa, aquella tarde dicté (en portunhol) una "*palestra*" (charla) sobre el yajé en Colombia, a la cual asistieron algunos amigos más de mi amiga. Resaltaba la informalidad de nuestra "escuela" colombiana, especialmente su modalidad urbana, comparada con las bien organizadas iglesias de Brasil, además de otro contraste entre Colombia y Perú, donde los rituales igualmente están dirigidos por indígenas pero hay poco interés entre la gente educada de sus ciudades. Allí, generalmente el ayahuasca forma parte de un turismo ecológico a la selva, en el cual la mayoría de los participantes son extranjeros que tienen poca noción del país y de su población indígena. Por lo tanto, no existe en Perú la solidaridad entre chamán y tomador que caracteriza la modalidad colombiana,

donde tanto indígenas como blancos comparten, hasta cierto punto, una sola identidad cultural.

Luego describí cómo son los rituales que conocemos en Bogotá: las plumas, los cantos en algún sentido “animistas”, los participantes esparcidos por el piso, la limpieza de los pacientes en medio del humo del incienso y el agite de la *wayra-sacha*, las conversas de los taitas que son lecciones esotéricas y éticas pero también ostentan mucho humor, la manera de congregarnos por la madrugada para analizar nuestros viajes.

Captaron la idea, pero siendo un público, además de educado, conocedor de ayahuasca, sentía la necesidad de abordar cuestiones más sutiles. ¿Cómo es que las dos modalidades puedan ser al mismo tiempo tan similares y tan distintas? Es decir, es la misma planta, la misma borrachera, la misma búsqueda de las verdades finales frente a los sinsentidos de la vida. Pero en un caso, el del Brasil, todo está regimentado, no hay ni tomador ni taita sino una sola congregación en la cual el comportamiento de todos es igual (tanto que la ausencia del padrino, por ejemplo, no afecta mucho la realización de la ceremonia) mientras que en el otro, el de Colombia, se enfrenta lo que para mí es una proeza existencial, una interacción solitaria entre el tomador y los espíritus, tantos divinos como malignos, que son al mismo tiempo facetas de su personalidad y reflejos de realidades paralelas. Pero, como siempre con el ayahuasca, es la praxis que importa: la verdadera clase era por venir.

No sentí muchos nervios. Hay una regla de oro que cada tomador conoce: que entre más constante, mejor le va con el remedio. En el mes largo que llevaba en Brasil hasta entonces, había tomado más veces que lo que sería casi medio año en Colombia, donde mi asistencia es apenas bi- semanal. Estaba ya curtido. Por otro lado, el remedio había sido preparado por el padrino a quien admiraba tanto, y a mi insistencia, mi amiga sólo invitaba tomadores experimentados, conocidos suyos que no sufrían graves problemas de salud. Tengo un pequeño talento para ayudar a gente con sus enredos emocionales, pero nunca me atrevería a confrontar sus enfermedades.

Lo que sí me pesaba era el no saber si iba a tener el requerido vigor. El que asume el papel del taita se compromete a velar por el bienestar de los demás, el cual implica estar lúcido, atento y tener el dominio de sí mismo durante toda la noche. Como ya dije, a veces el remedio me pega fuerte durante las primeras horas, dejándome fuera de combate aunque esté bien de ánimo porque sé que eventualmente lo puedo superar.

Inicié el ritual invitando a las personas a cogerse las manos, formar un círculo y pedir en silencio el favor que querían del padrecito yajé. Luego, se fueron a sus sitios, acostadas o sentadas según su gusto, destapé la botella, la recé, tomé primero y luego, mi amiga, que estaba a mi lado y que actuaba como mi ayudante, les servía a uno por uno. Ser dirigente tiene sus ventajas y yo me puse cómodo también, reclinado sobre un colchón pero con la cabeza erguida. Duré una hora larga para llegar a mi evacuación, durante la cual me limitaba a emitir unos sonidos suaves y sugestivos. No pasó mucho en el recinto, ni por el bien ni por el mal, algunas personas salieron a hacer sus necesidades pero el ambiente seguía soñoliento.

Luego de ir al baño (resultó ser la única vez en la noche y sin vomitar, que demostraba un poco mi dominio, pienso) todo cambió. De un momento a otro me sentí bien inspirado e irrumpí en un canto parecido a lo que había hecho en el ritual, intercalando distintos gritos animales (algunos ásperos, como de tigre, otros suaves, como de ave) con estrofas improvisadas en las cuales pedía la ayuda no sólo de mis taitas, mis amigos yajeceros en Colombia y los espíritus de las plantas, sino también de los maestros de Daime, desde Irineu hasta el citado padrino. Pero igual a la vez anterior, faltaba un largo trecho para recorrer.

Lo que me salvó fue la misma informalidad que caracterizó mi enfoque. Invité a los compañeros a colaborar y así pasamos la noche. A veces algunos de ellos contribuían “*hinos*” del Daime o las “*chamadas*” de la União do Vegetal; además oímos los ícaros de Perú que mi amiga conocía; a veces me volvía a cantar variantes de la mía, según la onda que recibía del remedio.

Aun sabiendo que mi concepto es subjetivo, diría que sentimos mucha paz. Como evidencia de que sí existía ese ambiente, mi amiga, para agradecerme, cantó uno de mis himnos favoritos, en compañía de dos compañeras. La letra es interesante en sí, porque no tiene nada de cristiana, más bien es un elogio al ayahuasca, como fuerza de la naturaleza, que está en perfecta armonía con los sentimientos de los taitas. Pero sin oír la música, estimado Daniel, sería difícil comprender lo tanto que me emocioné. Es el epítome de la dulzura y la suavidad, una expresión del puro principio femenino, pienso. Transmite aquella tranquilidad absoluta que se siente a veces en la selva cuando la vida se convierte en un ensueño de relajación y goce sensual.

*Força da Floresta
Luz tão pura cristalina
Ayahuasca é o amor*

*Esta é a ciência
O Poder. É a magia
O saber Universal*

*A Sagrada Medicina
É Luz de Conhecimento
Ayahuasca é Divinal*

*Vam trazendo a saúde
Vai curando o doença
Como os seres do astral*

*Ayahuasca nesta mesa
Soma todas as fragrâncias,
E os cantos ancestrais*

Uno que otro me plantearon inquietudes personales las cuales respondía lo mejor que pude, pero evitaba el papel de gurú. Más bien, les conversaba, como

un amigo más, sobre mi propia trayectoria, el manejo del yajé en Colombia y las preocupaciones que todos tenemos -- cómo vivir bien, la crisis de nuestra sociedad industrializada, etc – pero sin poses, invitándolos a exponer sus opiniones y también burlándome de todo, lo cual les sorprendió.

No tenía muchas ganas de una copa adicional, pero si los demás lo solicitan, es obligación del dirigente tomarla también y así fue. Tal vez no he alcanzado hasta ahora a rendirle el homenaje que merece. Además de su suave sabor, se emborrachaba sin causar traumas digestivos ni sobresaltos existenciales y se sentía la calma y el saber del maestro que lo preparó. Aunque el tener que enfocar mi rasca en los demás obstaculizó la pinta, tuve algunas visiones lindas, entre ellas la de entrar en la esencia de la chacruna, revelación estimulada por una alabanza a la planta cantada por un seguidor de la Unión Vegetal.

Repito, soy hombre de letras y si curo, lo hago con mi palabrería. No manejo el repertorio del curaca. Me queda difícil sostener el canto y demás trucos del sanador, como agitar las “hojas del viento” o tocar la armónica, aun cuando me siente plenamente inspirado. Me canso. En cambio el remedio me da inspiración en el campo de las ideas, me brinda elocuencia y humor, cierta “chispa” que, combinado con la empatía que también despierta, me ayuda a ser, ni taita ni sacerdote, sino consejero: el consejero-payaso-provocador que tu, Daniel, conoces bien, al que la mitad de los yajeceros de Bogotá quiere y la otra mitad detesta. A pesar de no tener grandes conocimientos de ayahuasca, creía saber lo suficiente dentro del contexto de un ritual sin jerarquías, recurriendo a la única ventaja que tenía sobre ellos, ser un hombre mayor. Para resumir mi actitud les contaba el dicho colombiano, “ que más sabe el diablo por viejo que por diablo”.

Al comienzo les había prometido realizar una limpieza individual a cada uno, pero a medida que se dieron cuenta de mi estilo amigable, decidí que no sería una decepción incumplirles. No era necesario, en parte porque percibía que nadie estaba mal, y en parte porque entendía que era mejor no hacerlo que hacerlo mal y no tenía la fuerza para atender a todos. Sin embargo, hacia la madrugada “curaba” a dos personas. Trabajaba la parte corporal con masaje, agregaba un poco de canto, pero era más cuestión de conversación que gesto chamánico. El primer “paciente” era un señor gordo, abogado jubilado, a quien regañe por no hacer ejercicio y fumar demasiados cigarrillos, pero de manera burlona, obligándole a reír tanto a él como a mí mismo. La otra era una mujer que sufría, como todos nosotros, por la exagerada pensadera. A ella le apretaba, le sacudía, le golpeaba (suavemente), le rascaba la parte doliente, la cabeza, tratando de canalizar su energía desde la mente hasta el cuerpo. Tengo como recordatorio una foto que nos tomaron, parece como si estuviera abrazando a la novia, pero no fue así: a pesar de mi irreverencia, lo hacía con la misma seriedad que marcó todos los pasos de la noche. No se puede jugar con el yajé, sobre todo cuando uno tiene esa responsabilidad con los demás.

¿ Conclusiones ? Le digo honestamente que la gente salió contenta, pero atribuiría el éxito de la sesión, no a mis talentos, sino a la calidad del ayahuasca, la experiencia previa de los tomadores, la armonía de un grupo pequeño de personas con los mismos gustos y valores. Tampoco debo olvidar el papel de mi amiga, que me apoyaba cuando estaba cansado o inseguro. De hecho, en un momento dado me puse mal – me atacaba una energía negativa que tenía que ver

con la historia de la casa – pero luego de coger su mano para recibir una invisible carga de fuerza positiva, me fui recomponiendo.

Sin embargo, pienso que mi actuación sí tuvo cierta utilidad, no en curar sino en conscientizar. Por ser de Colombia podía enseñarles un manejo distinto al que conocían, algo informal, relajado, participativo, el cual podría enriquecer su acercamiento a la planta. Y finalmente, a pesar de mi falta de autenticidad, he sido formado por los taitas, he recibido la influencia de los espíritus que manejan y quiéralo o no, si me meto en esa empresa los pacientes van a sentir algo de lo que yo siento cuando tomo yajé.

En cuanto al veredicto general, sobre las lecciones que aprendí en Brasil, diría que la adaptación nunca fue fácil. Mientras los daimistas eran tolerantes, el verdadero conflicto mío era algo interior. Si es cierto, como dicen los taitas, que el yajé es una “persona” y no obstante que sea un espíritu de la naturaleza o un dios cristiano, al comprometerse con esa presencia sobrenatural, se establece una relación íntima, absorbente y hasta celosa (de lado y lado) con la planta, parecida a la que tiene con su familia, sus amigos, su tierra natal, etc. No es solamente cuestión de “creencias” sino de todos los reflejos que rigen sus inter- actuaciones con el mundo y el resultante efecto “cultural” es hasta más pronunciado en el caso del yajé (o ayahuasca) porque, como todo tomador sabe, entran en juego muchos factores inconscientes, hasta la misma manera en la cual el cuerpo absorbe el remedio. Entonces es obvio que uno se aferre a su línea, como mecanismo de auto-defensa emocional y al confrontar otra ajena, sufre una angustia parecida a la que se siente al estar rodeado por personas que hablan un idioma que uno desconoce. En otras palabras, para mí la dificultad tenía poco que ver con la costumbre, por ejemplo, de orar el rosario, siendo yo de familia judía. Lo que se llama la “religión” es algo en la mente. En cambio, cuando toda la ambientación del ritual – hasta sutilezas como las pautas y las posturas corporales – es distinta a la acostumbrada, aun con la mejor voluntad del mundo los instintos se rebelan y van en contra de la aceptación.

Mirando el viaje retrospectivamente, solamente ahora comprendo que los arrebatos de llanto y loca alegría que he descrito fueron momentos claves en el proceso. Resumían tanto la contradicción que confrontaba como la posibilidad de llegar a cierta resolución, la cual, sin embargo, terminó aumentando el misterio del Daime en lugar de solucionarlo.

A pesar de lo transitorio de los incidentes, fueron de una intensidad que he sentido pocas veces en mis quince años de tomador. No lloro con frecuencia pero cada vez que lo hago percibo que es un proceso terapéutico muy profundo. Como todo el mundo, tengo adentro una gran carga de negatividad la cual es difícil eliminar debido a represiones implantadas en mi niñez de las cuales ni siquiera estoy plenamente consciente. Al deshacerse del peso de esos sentimientos de miedo, inseguridad, incapacidad, etc., el alivio es delirante, pero, en mi experiencia, uno no lo realiza fácilmente. Es el resultado de un duro conflicto entre los falsos “yo`s” y la verdadera identidad que el ayahuasca revela, entre las mentiras que uno se dice a sí mismo y las verdades amargas que las mismas mentiras tapan.

Aunque ceder a la alegría no era doloroso en aquellos rituales, en contraste con la catarsis que he experimentado con los taitas, sí sentí una resistencia en el

momento en que sucedía, una suerte de vergüenza que no me dejó entregarme completamente al llanto, la presencia, digamos, del yo-observador que miraba a mí mismo, analizaba y guardaba la experiencia para la reflexión posterior. Uno, como escritor, es así en cualquier circunstancias.

Sin embargo, con el yajé la dinámica está claramente relacionada con el proceso purgativo. Es una reacción al desvanecimiento de la tortura digestiva que trae no sólo dolor físico sino pena moral también al confrontarse con sus problemas y verlos gráficamente en la pinta de los malos espíritus. En mi primera época de yajé, tomando en la selva, lo que estaba vomitando – y lo percibía claramente – eran las amarguras del pasado y entre más vomitaba, más alivio sentía. Ahora, con el Daime, lo que accionó esa soltura de las angustias era una fuerza distinta. Aun no lo comprendo bien pero sospecho que varios factores influyeron: la novedad del viaje en sí con su forzoso rejuvenecimiento de mi espíritu; la hermosura de los lugares; la manera en la cual la disciplina me obligó a concentrarme; el efecto sobre la respiración del continuado canto, etc. Pero más allá de las explicaciones psicológicas, sencillamente me *abría*, por lo menos suficientemente para recibir una poderosa energía espiritual.

Los taitas hablan de “secretos” y descubría que el Daime encierra una magia también: algo insospechada y sui generis, distante de la de los taitas, chocante a alguien de mi formación pero sumamente intrigante. Tenía muchas dudas sobre sus métodos y sus intenciones – y aun las tengo – pero tampoco pude ignorar la evidencia de mis sentimientos. Sin sentirme comprometido con sus creencias, sentía la atracción de sus misterios y sabía que necesitaba seguir la búsqueda. Al mismo tiempo entendía que iba a ser trabajoso, por lo escéptico que soy, pero no tenía otra alternativa: era el propósito de mi estadía en Brasil.

En medio de mi incertidumbre sobre el Daime, pienso tener una pista que ayuda a entender la relativa suavidad de un trance que resulta de un remedio que es igual de fuerte al nuestro. En parte tiene que ver con la forma tan pulcra como se prepara, pero sobre todo, con el respaldo del grupo. Es decir que, a pesar del acompañamiento de los taitas, uno como tomador en Colombia –sobre todo si no es indígena – está solo en las sesiones, entonces el enfrentarse con el bejuco se vuelve todo un combate. La idea es precisamente expresarse hasta el límite, para bien o para mal, y de ahí sacar conclusiones sobre cómo vivir. Para nosotros el Daime, con todas sus restricciones, parece jarto, porque reprime la libertad del individuo, pero ahí comencé a entender que el tomador recibe como recompensa la fuerza del grupo.

Al final, la experiencia me marcó. No digo que soy mejor persona ahora, sino que algo del espíritu del Daime entró en mi alma, sobre todo la música. Pues, es sabido que es el denominador común de las distintas escuelas de ayahuasca en el mundo y tal vez el más importante, por su poder de traspasar todos los factores que obstaculizan la percepción del tomador – pensamientos, temores, neurosis, ideas preconcebidas – para llegar a su parte más interior y abrirlo a las dimensiones espirituales. Sirve para guiarlo en el viaje, brindarle visiones, curarle en todo sentido. Pero, por alguna razón que desconozco, el Daime parece tener un canal privilegiado a la fuente primordial donde esa música está guardada. Vale la pena acordarnos que el fundador, mestre Irineu, dijo que ni siquiera sabía cantar y que lejos de ser de su propia composición, su “*hinário*” (la misma

colección de himnos que cantábamos en el retiro) le llegó, entero, directamente de la Virgen.

No soy cristiano, pero creo la historia, por lo menos como metáfora. Cualesquiera que sea la explicación, el caso de él es único en la historia de ayahuasca, en el sentido de que aquella epifanía tuvo grandes repercusiones. Fundó un movimiento que ahora cuenta con miles de seguidores, cuyo eje central es una música (no solo de él sino la que ha resultado de su ejemplo) que va mucho más allá que su contexto cultural particular. Nadie niega el poder de los cantos de los taitas pero la tradición en que se basa es cada vez más frágil, y no sabemos si ese tipo de música va a sobrevivir, por lo menos como algo vital. Sin duda, sus formas externas van a seguir, a medida que los indígenas enseñan su manejo a sus seguidores blancos. Pero no se si el espíritu que anima la música de los taitas se presta para ese tipo de transmisión, al final es de la selva indígena, la cual está en vía de extinción. Siento que la del Daime es, en algún sentido, más resistente, más del presente que del pasado. En todo caso, al sentir lo sublime de esa música y enterarme de la historia del Daime (aun reconociendo sus divisiones internas y la parcialidad de su enfoque cristiano) diría que Irineu merece ser clasificado entre los grandes fundadores de religiones, junto con Moisés, Jesús, Mohammed, etc. Tal vez suene exagerado, pero al final lo que da ese reconocimiento a algunos y lo niegan a otros es cuestión de escala, no de calidad espiritual.

Pero igualmente digo que no se trata del rechazo de mi propia escuela, ni de mi "conversión" milagrosa a otra línea. Por un lado, la disciplina del Daime me hizo mucho beneficio, motivo primordial del experimento, pero por otro, sigo siendo muy colombiano con el yajé, es decir, individualista, anarquista, amante (hasta cierto punto) de la libre expresión en el yajé y devoto a la loca búsqueda de lo arcano, es decir, de lo que es prohibido a los demás. Y probablemente a uno mismo también, no solamente por no ser digno, sino porque implica tanto desgaste psíquico (en el caso de un occidental) que uno fácilmente puede terminar loco si la lleva a su máxima expresión. Entre la felicidad que ofrece Daime y el saber esotérico de los legendarios taitas de antaño, escogería la primera, pero sabemos que las alternativas no son tan drásticas. El yajé es un camino a la auto-realización igual al Daime, el problema es que ofrece demasiadas tentaciones a personas como tú o yo.

Para terminar, no creo que yo he cambiado a raíz del viaje, solamente mi manera de verme a mí mismo en el yajé y a la escuela a la que pertenezco. Ahora tengo otra mirada, la cual ni yo entiendo bien. Y obviamente estoy consciente también del peligro del eclecticismo, de no aprender ni una línea ni la otra bien. Pero esa confusión es parte del aprendizaje y tal vez hubiera sucedido aun si no hubiera ido a Brasil, como resultado del trabajo sobre uno mismo que el yajé efectúa desde el principio. El valor de la experiencia fue, más bien, de acelerar el proceso, sacudirme, sacarme del tipo de rutinas que impide cualquiera que siga en el mismo espacio mental demasiado tiempo. Me brindó paisajes, amigos y encuentros memorables, además de una fuente de inspiración insólita, inquietante, aleccionadora y sublime.

El autor agradece la ayuda de su esposa, Consuelo Calle, y del escritor colombiano, Milcíades Arévalo

* Jimmy Weiskopf, norte-americano naturalizado colombiano, mora há vinte e cinco anos na Colômbia. Em 1963, obteve um Bacharelado em Artes pela Columbia University (Nova York) e, em 1966, um Mestrado em Artes, pela Cambridge University (Inglaterra). É tradutor, jornalista e membro da Asociación de Prensa Extranjera da Colômbia. É um dos mais reconhecidos tradutores do país, tendo traduzido mais de 40 livros. Ultimamente tem se dedicado a escrever ficções sobre a ayahuasca. É autor de Yajé. El nuevo purgatorio (Bogotá, Villegas Editores, 2002). Toma yagé (versão colombiana da ayahuasca) há quinze anos com alguns dos maiores taitas (xamãs) da Colômbia. Atualmente é discípulo do taita Diomedes Dias, kofan (grupo étnico) da região do Putumayo (Amazônia). De acordo com ele mesmo, "no soy un curandero pero mi maestro reconoce que tengo beneplacito de los espíritus de las plantas para hacer el trabajo que propongo hacer."